

# LIBROS

## El canciller Ayala y los buenos modales

En el canciller don Pedro López de Ayala (1332-1407) se conjugaron maravillosamente dos rasgos esenciales: la inteligencia y los buenos modales, resultando de tan afortunada conjunción un perspicaz político y un sobresaliente hombre de letras. La inteligencia le salvó no pocas veces de situaciones a las que le habían conducido sus buenos modos, y así pudo este hombre ejemplar domeñar la fortuna, dominar los azares turbulentos y aun lóbregos de su época, otear sobre las líneas de fuerza del proceso histórico —tortuosas las más de las veces— y penetrar en el sentido de las vidas y acciones de los Reyes a quienes sirvió. Por si fuera poco, Ayala fue el último escritor de nuestro *Mester de Clerecía* y el primero de nuestros modernos, esto último precisamente y según Américo Castro, por el dominio que ejerció sobre su intimidad y la distancia que supo mantener entre la historia que ante él transcurría y la «zona preciosa de su alma» (1).

Nació don Pedro hidalgo y pobre, descendiente de cantabros, iniciándose su educación en la casa del infante de Aragón, don Fernando, y en el palacio del Rey don Pedro, llegando a alcanzar los postreros fulgores de don Juan Manuel. Durante la guerra castellano-aragonesa intervino en los ataques sobre el litoral valenciano y catalán, siendo su primer cargo político el de alguacil mayor de Toledo. Hombre de probada sensibilidad y olfato, supo establecer alejamiento (incluso con un cierto cinismo señalado por Sánchez Albornoz) entre él y Pedro I apenas vio brillar un punto más las lanzas de Enrique de Trastámara. Si bien la manobra no le salió de balde (fue hecho prisionero por el Príncipe Negro), obtuvo de ella, una vez liberado, el cargo de alcaide mayor de Toledo, amén de otros de menos ascendente. Llevo luego misiones diplomáticas que le valieron el título de camarero y mil francos de oro anuales (Chaucer jamás logró de su monarca una pensión superior a los cuarenta marcos). En Aljuba-

rrota cayó de nuevo prisionero, esta vez del condestable portugués Alvares Pereira, engrosando su libertad la bolsa de doña Guiomar en treinta mil doblas cruzadas. De regreso a la Corte, Juan I le nombra su copero y camarero mayor, cargos desde los que arbitra la política castellana decisivamente, pues no era el monarca hombre particularmente sagaz. A los sesenta y ocho años recibe de Enrique III —al que sobreviviría— el cargo de canciller mayor de Castilla. Su vejez no fue decrepita y la muerte le asaltó de una manera bastante sorprendente. «Amó muchas mujeres, más que a tan sabio caballero como a él se convenía», nos dice su sobrino, Fernán Pérez de Guzmán. Fue supersticioso, creyente en agüeros, frecuentador de Amadises, Tristanes y Lanzarotes,



dado a la caza, proclive a testificar en falso y codicioso de caudales. Esto es, que amó la vida hasta morir y jamás confió de una manera exclusiva en sus buenas maneras. Probablemente por todo esto escribió las obras que han perpetuado su nombre: el *Rimado de Palacio*, una descripción heterogénea y multiforme de su sociedad; el *Libro de Cetrería* o de las aves de caza, una delicia para lectores de formación anglosajona, y las *Crónicas* de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III hasta 1396, con las que la historiografía castellana alcanza su más alta cumbre (2).

La redacción de la *Crónica* de Pedro I (3) le fue encomendada a López de Ayala, según parece lo más probable y de una manera más o menos oficiosa, por los Trastámara. El encargo recaía sobre una personalidad excep-

cionalmente dotada, y preparada, para la peculiar tarea del historiador, a lo que se venía a unir la equidad y entereza de su ánimo, perceptibles en la comparación de los tratamientos que recibieron reinados que le fueron tan cercanos, y en sí mismos tan dispares, como los de Pedro I y Enrique III.

La *Crónica* de Pedro I, elaborada por el canciller, pasó a constituir uno de los contrafuertes de la polémica surgida en torno a la personalidad del monarca, Cruel para Ayala, Justiciero para Felipe II. Desde luego no debió de ser sosegado el estado de ánimo con que el canciller emprendió la tarea de escribir la *crónica* de un Rey de entre cuyas fuerzas había desertado para unirse a las de su hermano bastardo. De hecho, las acciones del monarca debieron producirle no poca repugnancia, si bien jamás tanta como la que quiso esgrimir en su propia excusa, ya que constituían, en realidad, facetas más o menos cotidianas de la política y arte de gobierno vigentes en el siglo XIV. Por ello, optó por cronicar sin condenar ni reprochar directamente nada de la espeluznante sucesión de desmanes perpetrados por el monarca. La técnica para enjuiciar el reinado utilizada por el cronista fue mucho más sinuosa, de manera que los hechos no aparecen valorados desde su punto de vista, sino testimoniando las reacciones que motivaban en las personas cercanas al Rey: la Reina madre, María, al saber de los planes para acabar con Garcilaso o ante las ejecuciones de Toro; los cortesanos al conocer la ejecución de Nuñez de Guzmán o ante la prisión de la Reina, doña Blanca... O bien añadiendo documentos relativos a las acciones del Rey: las cartas de Ben Aljatib, la de Gutier Fernández de Toledo...

Así, la *Crónica* del Rey don Pedro se convierte en un fresco absolutamente moderno y vigoroso de su trágico reinado, y de la propia tragedia de su vida, desarrollada bajo el imperio de la codicia, el miedo, el egoísmo, la deslealtad, el recelo, la corrupción, los rencores, las insidias... la muerte —elegida como protagonista por Dionisio Ridruejo, en la narración elaborada con los textos del canciller—. Sobre el trabajo de Ridruejo, señalar su carácter de impecable y respetuoso, pues aproxima al lector al texto original sin que este pierda en modo alguno su sabor ni su funcionalidad histórica. Su prólogo explica su posición frente al material literario del

canciller, introduciendo al lector en su ámbito histórico y político; sus notas son de una erudición medida, elegante y educada, ampliando la amenidad del relato. Los libros como este cumplen un buen propósito, pues al patentizar el rigor del autor original, y los buenos modales que le animaron en su empresa, como al editor (Ridruejo, en el sentido literario del término) en la suya, laboran, en última instancia, a favor de la buena educación —histórica y cívica— del lector, cosa de por sí encomiable. ■  
EDUARDO CHAMORRO.

(1) Américo Castro, *La hispánico y el erasmismo*.  
(2) Sánchez Albornoz, *El canciller Ayala, historiador*.  
(3) Canciller López de Ayala, *Las muertes del Rey don Pedro*. Selección y prólogo de Dionisio Ridruejo. Alianza Editorial. Colección «El libro de bolsillo». 1971.

## Hans Magnus Enzensberger: Alemania en minúsculas

Hans Magnus Enzensberger nació en 1921 en Kaufbeuren, pequeña localidad bávara cercana a la frontera austríaca. Ese mismo año, un «idealista... con folletos y granos en la cara... llamado Shtittler, Hitler, o algo por el estilo...», era nombrado jefe absoluto del refundido NSDAP (Partido Obrero Nacional Socialista Alemán). Hans Magnus Enzensberger conoció cuando apenas era un niño la subida del nazismo al poder; asistió más tarde, al igual que tantos otros testigos impotentes, al apogeo de aquella barbarie sin precedentes, y presenció, cuando aún no había cumplido los veinticinco años, cómo aquellos dioses trágicos y grotescos, asesinos de niños y protagonistas privilegiados de la mayor degradación colectiva de la Historia, interpretaban un wagneriano *Götterdämmerung* a los acordes de las bombas y las ametralladoras aliadas. Mil novecientos cuarenta y cinco fue, para todos los alemanes, el «año de la catástrofe». Hans Magnus Enzensberger no sólo había comprendido lo difícil que le sería, a partir de aquel instante, hablar la lengua de su patria; también había agotado, como casi todos sus contemporáneos, las últimas reservas biológicas de esa inefable cualidad humana que en alemán se llama «*chlichkeit*» y en castellano «buena fe». Los intelectuales germanos

que, dos años después de la capitulación incondicional de la Wehrmacht, formaron en Munich el denominado Grupo del 47, partían de una postura de absoluto escepticismo frente a los problemáticos cantos de sirena de cualquier ideología excluyente. Algunos de ellos —Alfred Andersch, Hans Werner Richter, Günter Eich, Wolfgang Köppen, Hans Erich Nossack, Walter Kolbenhoff...— habían visto truncada su carrera literaria por el advenimiento del nazismo; otros escritores —Heinrich Böll, Günter Grass, Martin Walser, Hans Magnus Enzensberger...— comenzaban a producir en aquellos momentos de desolación. Era, en frase de Hans Mayer, la «hora cero de la literatura alemana». El recelo ideológico se basaba, por una parte, en el derrumbamiento de una trágica coyuntura histórica aposentada no sobre el conocimiento científico y la solución racional de realidades y problemas concretos, sino sobre la monstruosa e irremisible aplicación de una ideología antihumana, y, por otra parte, en una especie de oscuro complejo de culpabilidad que afectaba profundamente a todos aquellos que, sabiéndose contrarios al sistema, prefirieron el silencio al martirio. «Tambien yo pertenezco —declaró Wolfgang Köppen en 1962, al recibir el Premio Georg Büchner de literatura— a una generación que desgraciadamente no ha atacado y combatido con suficiente ardor la inhumanidad, el poder en su forma más abominable, y se ha convertido así en un escándalo para el mundo». La «hora cero» de la literatura alemana está marcada por un sentimiento de vergüenza colectiva.

Ese sentimiento está latente, aunque no con la intensidad propia de un «leit motiv», en algunos de los poemas de Hans Magnus Enzensberger. Y así, por ejemplo, en el poema titulado «Die verschwundenen» («Los desaparecidos»), dedicado a la escritora judía Nelly Sachs, afirma:

«Los desaparecidos son los  
[justos  
{Que nosotros también desapa-  
[rezamos así!.

Sin embargo, la problemática que surge constantemente en la obra de H. M. Enzensberger —y de otros muchos escritores alemanes de su generación— alude no tanto a la historia pasada como al peligro inminente de aparición de una nueva ideología vestida con distintos ropajes pero forjadora potencial de estructuras conviviales tan inhumanas como las de la época nazi. En el poema «Ins lese-»

buch für die oberstufe» («Para un libro de estudios superiores») Enzensberger prevé la repetición del viejo drama y aconseja «cínicamente» a los jóvenes colegiales:

«No leas odas, hijo mío: lee los horarios de los trenes. Son más exactos. Despliega las [cartas de navegación mientras te quede tiempo. Abre los ojos. No cantes. Vuelven los días en que clarán [varán listas sobre las puertas y marcarán el pecho de los que digan no».

Enzensberger delata los riesgos de la sociedad de consumo, adivina la terrible amenaza de una cultura deshumanizada, presiente la inevitable irrupción de esa estirpe de hombres a quienes una máquina automática les da «cáncer...», "apartheid"... impuestos de compraventa y aranceles... la plus valía y la metralla... la libre empresa y el positivismo... el gran garratazo y el gran vómito...». A esa nueva raza de homínidos-consumidores-de-bienestar se dirige Enzensberger en su poema «Verteidigung der wölfe gegen die lämmer» («Defensa de los lobos contra los corderos»):

«Contemplaos al espejo: cobardes que os asusta la verdad fatigosa y os repugna aprender [gosa y encomendáis a los lobos la función de pensar. ... vosotros no cambiaréis el mundo».

El tan celebrado «milagro alemán» —la prodigiosa recuperación económica de una nación destrozada hasta los cielos— es, a los ojos de Enzensberger, el inicio de una vertiente que puede conducir por vías inesperadas a nuevas formas de alienación, tan graves y monstruosas como pudieron ser en su día las resultantes del nazismo. En «Landessprache» («Hablar alemán») —uno de los poemas más significativos contenidos en la antología recientemente publicada en castellano (1)—, Enzensberger confiesa con una mezcla de vergüenza y despecho:

«Alemania, mi país, eres el co-razón impío de los pueblos, con peor fama cada día, entre la gente común de cualquier sitio...».

Tras la opulencia, disfrazada de hartazgo, se esconde la esclavitud; tras las actitudes liberales, el totalitarismo; tras la hipotética felicidad cotidiana, la cosificación del ser hu-

mano. No es lícito, parece decirnos Enzensberger, hablar de Alemania con mayúsculas. Y no es que se trate —como en el caso del ambiguo pre-nazi Stefan George— de remodelar el idioma suprimiendo, por razones estilísticas, las iniciales mayúsculas que invariablemente encabezan los sustantivos alemanes; la sistemática «minusculturación» de Enzensberger no se apoya en motivos gramaticales o sintácticos, sino en condicionantes psicológicos. La degradación de las mayúsculas equivale, en mi opinión, al ejercicio de una consciente autohumillación; representa el forzoso cumplimiento de una condena lingüística voluntariamente asumida. Hans Magnus Enzensberger, poeta encadenado a un carruaje que ha viajado desde el nazismo hasta el liberalismo neocapitalista (desde la alienación por la cámara de gas hasta la alineación por el televisor y los «delikatessen») se siente instalado, a pesar suyo, sobre un «montón de chatarra teutónica». Y allí o aquí, en alemán o en castellano, la palabra «chatarra» —palabra de estirpe triunfalista aunque no lo parezca— debe ser escrita con minúsculas. Con humildad. Con dolor. Porque la historia contemporánea —también la nuestra— está llena de chatarra. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

(1) Hans Magnus Enzensberger, *Poesías para los que no leen poesías*. (Selección de poemas insertos en los libros «Verteidigung der wölfe», «Landessprache» y «Blindenschrift»). Traducción de Heberto Padilla. Barral Editores. «Ediciones de Bolsillo». Barcelona, 1971.

### Fábula de la tortuga y el lógico

Instalado sobre el lomo de la tortuga fugitiva, que la sutileza del griego quiso inmóvil y vertiginosa para siempre, Aquiles se ve sumido en otra carrera no menos inacabable: la que intenta cubrir la distancia infinitamente creciente que separa dos premisas de su lógica conclusión. La aventura nos la cuenta Lewis Carroll, el mismo que no desdenó informarse de lo que le ocurre a las niñas que se trasladan al otro lado del espejo; el mismo, por otra parte, que bajo el seudónimo de Charles Dodgson publicó un tratado elemental de los determinantes y frecuentó las intrincadas fórmulas de la trigonometría plana.

El año anterior a la publi-

cación de «The game of logic», Robert L. Stevenson, que según parece no conocía a Carroll, había dado a la luz pública su historia del sensato y victoriano doctor Jekyll, que se desdoblaba, median-te cierta pócima, en un ciudadano menos manejable, el señor Hyde. El paralelo con el binomio Carroll-Dodgson es tentador: la pócima sería, en este caso, ese furor de la escritura que llamamos humor, y las fechorías no consistirían en violaciones de huérfanas y apaleamientos de ancianitos, sino en esa exasperación de la lógica que la pone, literalmente, fuera de sí. Pero no debemos llevar el paralelo con los personajes de Stevenson demasiado lejos; la aparente dualidad de tareas que ocupó a Dodgson-Carroll se basa, más que nada, en su adopción de dos nombres propios diferentes, lo que sugiere, al menos, otras tantas identidades; esta es una ilusión común, que permite que se conceda a Kierkegaard, que practicó numerosos seudónimos, una diversidad de personalidades que no se predica de quien, como Melville o Quevedo, la tenía en mucho mayor escala, pero bajo un único nombre propio. A mi juicio, la continuidad de aficiones entre Dodgson y Carroll está fuera de dudas: era clérigo y le apasionaban los cuentos de hadas; le atareaban por igual la prestidigitación y la trigonometría; rígido y cortés en sus maneras, su mayor afición fue la fotografía; inventor de rompecabezas y de libros de lógica, fue profesionalmente casto y, en consecuencia, inocentemente «vovurista». Sus gustos se mantienen, como se ve, muy coherentes bajo sus dos nombres propios: la permanencia de su identidad no es más dudosa que la de, pongamos por caso, usted o yo.

Lewis Carroll tiene la suerte de contar habitualmente con excelentes traductores (por la sencilla razón de que para los mediocres es intraducible); así, Antonin Artaud, Henri Parisot, Thomas Chatterton, etcétera... «El juego de la lógica» ha contado para su versión castellana (1) con un notable especialista en lógica, Alfredo Deaño, que ha preparado también un prólogo sagaz y unas notas muy informadas, no inferiores a las de la versión francesa de Gattegno y Coumet, de la que sólo se echan en falta las ilustraciones de Max Ernst. Tanto en esta traducción como en aquella, falta quizá una nota, o al menos tal es mi personalísima manía, sobre la función de los ejemplos en Lewis Carroll. Para el lector ocasional, la alegre demencia

de tales ejemplos, que constituyen la aburrida insistencia de la mortalidad de Sócrates por aseveraciones sobre otras traspasadas de amor, serpientes de mar nostálgicas o niños que ignoran el manejo de los cocodrilos, sólo supondrá un divertido y pedagógico aligeramiento de una materia por demás árida. Creo posible imaginarles otra función. A través de los ejemplos, se supone que la realidad del mundo debe asomarse al esquema puramente formal que el lógico edifica: las cosas aparecen al conjuero de la norma y la atacan, probándo-

de los alemanes no juegan al ajedrez y algunos de los galeses no comen queso tostado, ninguno de los irlandeses se pelea...». La lógica de Carroll es el gorro de dormir de la irreprimible carcajada que nos sacude ante la gratuita y azarosa multiplicidad de los hechos reales, es decir, de los enunciados posibles; Carroll nos recuerda que la regla que ordena el campo de lo decible es siempre decisión nuestra, cuya aleatoriedad muestran incansablemente el niño, el loco y el pensamiento del «buen salvaje». La lógica de Carroll ejemplifica aquella



LEWIS CARROLL.

se así indudablemente la utilidad de la lógica para la vida; pero tal sumisión de los objetos a la ley muestra a las claras que tal ley en modo alguno les es exterior y ajena: la lógica que en esquema el tratado establece no es más que la del mundo real mismo, y lo que en principio pudiera tomarse como teoría general del «buen lenguaje», en el ejemplo se revela teoría del «buen ser» de la correcta existencia, tal como vio el único lógico que osó pensar en la lógica hasta su última consecuencia, esto es, Hegel. Pero la realidad que asoma en los ejemplos de Carroll es, precisamente, la sinrazón; el correcto andamiaje conceptual de la lógica realiza su vigencia en un mundo de puros hechos, burlescos, contradictorios, indomeñablemente locos: «Cuando quiera que algunos

memorable definición que dio Chesterton de la locura: «Lo-co está quien lo ha perdido todo, absolutamente todo, menos la razón».

En último término, Lewis Carroll-Dodgson-Charles-Alicia-Sombrerero-loco-Conejo-blanco sabe que el juego de la lógica, bien jugado, jugado a fondo, es dejarse caer por el profundo agujero del sinsentido, caer y caer interminablemente entre extraños objetos flotantes, hasta tropezar con la dura concha de la tortuga, que pacientemente vuelve la cabeza y dice: «¿Has apuntado ya eso? Si no he perdido la cuenta vamos en el paso mil uno. Nos quedan todavía varios millones...».

■ FERNANDO SAVATER.

(1) Lewis Carroll, *El juego de la lógica*. Traducción de Alfredo Deaño. Alianza Editorial.